

# De los imaginarios a las prácticas urbanas: construyendo la ciudad de mañana



**IZTAPALAPA**

*Agua sobre lajas*

Daniel Hiernaux\*

## Resumen

El crecimiento de la *ciudad difusa* a partir del imaginario suburbano que ha colonizado la vida moderna ha provocado una disminución radical de la vida urbana. Existen otros modelos que corresponden a imaginarios de resistencia a ese modelo colonizador: se trata de la *gentrificación* o *elitización* y del resurgimiento de la residencia en altura, que llamamos *la ciudad de las torres de cristal*. En la última parte del ensayo, se plantea que los imaginarios de resistencia pueden ser realizables si parten de las prácticas cotidianas, y tender a volverse las nuevas utopías urbanas del siglo XXI.

**Palabras clave:** metrópoli, imaginarios de la resistencia, *gentrificación*, suburbanización

## Abstract

The growth of the *scattered city* brought on by the suburban social imaginary that has colonized modern life has caused a radical fall in urban life itself. There are other models that correspond to imaginaries that resist that colonizing model: the *gentrification* or *elitization* and the resurgence of living in high rises, the so called *city of the crystal towers*. The last part of the essay suggests that resistance imaginaries can become real if they stem from everyday practices and tend to become the new urban utopias of the 21st century.

**Key words:** metropolis, resistance imaginaries, gentrification, suburbanization

\* Profesor-investigador del Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. [danielhiernaux@gmail.com](mailto:danielhiernaux@gmail.com)

## Introducción

**F**rente a la evolución de la ciudad actual, sea desarrollada o no, los especialistas dudan en ofrecer un diagnóstico: parecería que “todo lo sólido se desvanece en el aire” (Berman, 1988), o que el carácter “líquido” del mundo actual (Bauman, 2003) ha llegado a hacer perder la forma material de lo que quizás es la mayor evidencia de la Modernidad tradicional: la ciudad.

Es cierto que, desde la Escuela Alemana de Sociología de finales del siglo XIX, hay evidencia de que el capitalismo moderno ejercía sobre la ciudad tradicional una de sus propiedades inherentes en su transitar hacia la metrópolis: la destrucción/recomposición de lo viejo en lo nuevo. Esta fórmula, propia de la obra de Marx y luego revalorada por Marshall Berman (1988), ya podía verificarse en el crecimiento de Berlín al terminar el siglo XIX o en las grandes transformaciones haussmanianas de París, durante la segunda mitad del mismo siglo (Harvey, 2003). Para calificar este proceso, resulta convincente la metáfora del ave fénix: la metrópoli renace de las cenizas dejadas por los mazos y los buldóceres.

El siglo XX, sin embargo, por el modo de acumulación y el régimen de regulación que privó después de la Primera Guerra Mundial, fue marcado por una relativa estabilidad en sus modelos urbanos. Lo que antes era velocidad, estrés y anomia, parecía resolverse en la medida en que se construía la ciudad fordista, intensamente conducida por políticas públicas de un Estado entonces fuerte, asociado con un capital ansioso de invertir y de generar ganancias a partir del propio proceso urbano.

El proceso de crecimiento urbano se ideó desde modelos extremadamente diferentes en América del Norte y en la Europa mediterránea y del norte: en términos simplistas, se ha hablado de un modelo tipo “Los Ángeles” para el primer caso (Scott y Soja, 1996), mientras que las ciudades europeas lograban, en principio, mantener una forma urbana más densa, más concentrada, originada en la morfología de la ciudad feudal. La temprana motorización de la sociedad americana, debido al intenso desarrollo capitalista de corte fordista, tuvo un papel esencial

para potenciar una reducción de las densidades y crear una ciudad extendida, con un corazón financiero-comercial sustentado en la construcción de rascacielos. Esta situación generó un paisaje típico de las ciudades estadounidenses, donde la identificación visual del centro urbano se alcanza a gran distancia por la existencia de construcciones en altura. En cuanto a las ciudades europeas, la presencia de corazones urbanos de valor patrimonial y con bastante capacidad para reorganizarse a fin de mantener la población y los servicios favoreció su mantenimiento como áreas densas, servidas además por transporte público eficiente y de calidad.

El famoso despliegue suburbano en estas ciudades (con fuertes diferencias entre sí) tendrá lugar tardíamente (Monclus, 1998); muy distinto de lo ocurrido en las complejas metrópolis subdesarrolladas, donde factores como la informalidad en los mercados laborales, la ausencia o el carácter limitado de las políticas urbanas del Estado y la fuerte demanda de suelo urbano se resolvieron (de manera insatisfactoria) mediante una expansión periférica intensiva, verificable desde los años sesenta cuando, en América Latina en particular, se presenta un crecimiento económico sostenido, apoyado por intensas migraciones campo-ciudad de población que se insertaría en situación marginal en las metrópolis en expansión (Hiernaux, Lindón y Noyola, 2000; entre otros).

A pesar de ciertos esfuerzos de algunos nuevos Estados de bienestar para dotar de viviendas en conjuntos más densos a la población de bajos ingresos, la penetración de estos modelos resultó restringida frente a la gran demanda de los nuevos migrantes situados en la informalidad y, por ende, incapaz de integrarlos en la oferta pública reservada a los asalariados, la cual era insuficiente y costosa frente a los escasos recursos de los migrantes más pobres.

Desde un enfoque material, se asistió entonces a la creación de nuevas “coronas” urbanas, a una “suburbanización” periférica, tanto para segmentos sociales ricos como pobres, con las conocidas implicaciones sobre las condiciones de vida, las carencias materiales y los servicios urbanos, entre otros factores (Hiernaux, Lindón y Noyola, 2000).

Estos temas, muy conocidos y tratados por los especialistas del medio urbano –sean mexicanos o latinoamericanos–, suelen ser analizados desde una perspectiva triple: como un proceso demográfico; en cuanto resultado de un modelo económico; y como morfología material de la ciudad.

Desde el punto de vista de corte demográfico, las interrogantes se orientan a cuantificar el proceso por periodos y localización, determinar el origen de los migrantes y examinar sus condiciones sociodemográficas, entre otras. Desde la economía de las ciudades, las preguntas remiten a la formación de los mercados de

trabajo, las consecuencias en la economía de la ciudad o la promoción inmobiliaria, vista a partir de la acumulación del capital en los procesos de edificación de la ciudad, y algunos aspectos más. También son frecuentes aquellos trabajos, en particular con base en la geografía humana tradicional, que se interesan en la morfología de la ciudad, es decir, en la distribución de las actividades por áreas espaciales y su evolución, la especialización funcional del territorio y los flujos entre áreas, etcétera.

Numerosos estudios se han orientado a esos temas, por lo que no pretendo referirme a ellos en este trabajo. Antes bien, las preguntas que pueden hacerse en la actualidad son diferentes: ¿Qué induce a las personas a seguir este modelo de desarrollo de la ciudad, de corte suburbano? ¿Existen modelos alternativos? En la literatura sobre estos tópicos suelen hallarse respuestas definidas de manera casi dogmática, basadas en algunos trabajos cuantitativos de referencia. En un estudio reciente (Hiernaux y Lindón, 2008), cuestionamos este tipo de abordaje que define, entre otras cosas, la tendencia a la periferización a partir de un reconocimiento demasiado simple como para hacer inteligible el fenómeno, por ejemplo la carestía de los centros que empujaría a los “pobres” hacia la periferia.

En el presente trabajo se busca una respuesta desde lo que se ha llamado los *imaginarios sociales*, en particular los *imaginarios urbanos*. El sociólogo chileno Manuel Antonio Baeza plantea que “los imaginarios sociales son múltiples y variadas construcciones mentales (ideaciones) socialmente compartidas de significancia práctica del mundo, en sentido amplio, destinadas al otorgamiento de sentido existencial” (Baeza, 2003: 27).

Los imaginarios sociales pueden tomar distintas cualificaciones de acuerdo con el origen de las imágenes que los constituyen y del objeto que permiten transformar. En este contexto, denomino imaginarios urbanos a aquellos imaginarios sociales construidos social y esencialmente a partir de las imágenes y representaciones de la ciudad. Entonces, los imaginarios urbanos son fruto de la capacidad humana para representarse la ciudad a partir de las imágenes que se presentan de ella al individuo y a la sociedad y transformar esta representación en un imaginario *actante*, es decir, en actos guiados por la imaginación (Hiernaux y Lindón, 2007; Hiernaux, 2007). Este enfoque –conviene repetirlo una y otra vez– pretende distanciarse de aquellos trabajos donde prevalece exclusivamente la representación de la ciudad sin interrogarse sobre las implicaciones que ello puede tener sobre las prácticas de los individuos en el espacio urbano. Este tipo de investigaciones, con frecuencia sustentadas en cierta psicología social, son parte de otra línea que analiza estrictamente las representaciones, lo que de por sí significa un interés evidente. Pero, para este caso, no explican por qué los individuos y los grupos sociales habitan el mundo como lo hacen, y de qué manera lo construyen. Por ello, en

este texto me remito al “habitar” y al “construir” tal y como se expresan en el discurso heideggeriano (Heidegger, 1994a y b y 1963; Gasca, 2007; Lussault, 2007).

Por otra parte, también me distancio de aquellas aproximaciones que tienen en cuenta el espacio como uno de los elementos de la representación urbana y, en ciertos casos, de la construcción del imaginario social aplicado a lo urbano, pero que ignoran el hecho de que el imaginario, tanto como las motivaciones económicas, por ejemplo, son potentes estimulantes para encarar la vida urbana con cierta orientación. En otros términos, estos trabajos se limitan a desenmascarar los imaginarios urbanos sin sacar las conclusiones que imperativamente deberían derivarse de su estudio, con relación a la forma como se construye la ciudad a partir de la acción social.

En la primera parte de este ensayo, se hará una breve reflexión sobre el imaginario suburbano, que se ha constituido un imaginario “dominante” en el mundo contemporáneo. Enseguida, se analizará cómo se han podido imaginar y construir modelos distintos de ciudad con base en la consolidación de los llamados *imaginarios de la resistencia*. En la tercera parte, se discurrirá en torno a los efectos de la coexistencia o conflicto potencial entre estos imaginarios (suburbano *versus* de resistencia) en cuanto a los modelos de ciudad que se encuentran en el mundo urbano contemporáneo. Al final se ofrecen algunas consideraciones sobre las prácticas urbanas, tanto de especialistas y actores institucionales, como del individuo en general, que vive (y muchas veces padece) una vida urbana caracterizada por una gran oferta de modelos, como se sugerirá más adelante.

## El modelo suburbano como imaginario colonizador

Desde el siglo antepasado comenzó a visualizarse la emergencia de propuestas para evitar el hacinamiento y la congestión de las ciudades tradicionales, afectadas por las crecientes migraciones del campo, en el marco de los procesos espectaculares de desarrollo económico propios del siglo XIX.

En efecto, a partir de la Revolución Industrial, las grandes ciudades europeas se desarrollaron bajo modelos de concentración demográfica y urbana intensa, ligados, en buena medida, a la ausencia de condiciones de transporte urbano, lo que obligaba a los trabajadores a apilarse literalmente en inmuebles viejos que no habían sido edificadas para este tipo de ocupación intensiva. Los efectos sociales y sanitarios, denunciados por los primeros autores interesados en estos temas como Frédéric Le Play en Francia o Charles Booth en Inglaterra, eran desastrosos

(Donoso, 1993). Los intelectuales de la época, así como un buen número de políticos, consideraban necesario airear las ciudades, permitir un espaciamiento entre edificios y, en breve, reducir la concentración urbana.

De tal modo, afloraron modelos alternativos, que tuvieron cierto éxito a finales del siglo XIX e inicios del XX, por ejemplo los proyectos de William Morris, ciertas propuestas de Patrick Geddes para Edimburgo, las obras parisinas de Haussman, el “Ensanche” de Barcelona por Ildefonso Cerda, o el modelo de la *ciudad jardín* propuesto por Ebenezer Howard.

Sin entrar en detalle pero subrayando que existen sendas diferencias entre esas propuestas urbanísticas que se presentaron o realizaron en los casos citados, puede observarse que todas partían, de cierta manera, de postulados comunes: una representación particularmente negativa de la ciudad de su época, sobre la cual se superponía una visión idílica del campo y de la naturaleza, propia del siglo XIX y de los últimos efluvios del Romanticismo, no alejada de ciertos principios religiosos, como el suburbio Clapman analizado por Fishman, donde los evangélicos que promovían el desarrollo suburbano propugnaban que “si bien toda forma de vida social urbana tenía que ser rechazada, las formas verdaderas de recreación en Dios eran la vida familiar y el contacto directo con la naturaleza” (Fishman, 1987; Nicolaidis y Wiese, 2006: 39). Para el caso estadounidense, es importante señalar que alguien como Ralph Waldo Emerson expresaba ya en 1836 una visión extremadamente romántica de la naturaleza, que influyó de forma considerable en el pensamiento de su tiempo y posterior. Esto es parte de una gran tradición estadounidense, expresada también en la literatura, como en las obras de Walt Whitman.

De acuerdo con Dario Padovan (1999), no debe menospreciarse que pensadores de la corriente anarquista como Kropotkin y Eliseo Reclus desarrollaran una visión ético-naturalista muy coherente. A la vista de la audiencia de estos autores en el mundo proletario en expansión, no era extraño que los trabajadores adoptaran con facilidad estas visiones signadas por el respeto y la valorización de la naturaleza, la vida sana y una ética del cuerpo.

Así, se construyó un imaginario urbano –mediante la acumulación, organización y reapropiación renovada en cada momento, de imágenes sobre la ciudad– que pretendía romper con la dinámica de estas ciudades tradicionales de “mal” crecimiento, donde a las “malas” condiciones sanitarias y humanas se agregaba una insuficiente privacidad, que resultaba en “valores morales restringidos”. No hay que olvidar que la separación público/privado fue una construcción progresiva que la burguesía iría imponiendo en sus imaginarios urbanos a lo largo del siglo XIX.

La ciudad “porosa”, como calificaba Walter Benjamin a Nápoles en los años veinte del siglo XX, donde lo privado se codeaba con lo público, ya no era admisible en la Berlín de entreguerras (Benjamin, 1996 [1925]). Asimismo, los bulevares parisinos pretendían ser muy diferentes de los barrios populares que los rodeaban al Norte y al Este, donde seguían apilándose los sectores “proletarios”, aquellos que se rebelaron tan violentamente contra ese modelo social pero también urbano, durante la Comuna de París de 1870 (Bowie, 2001).

El modelo de ciudad que empezó a vislumbrarse fue uno en el cual las distancias sociales e interpersonales podían reflejarse asimismo en la distancia física, y donde la naturaleza dominada se insertaba en el paisaje humanizado. Pero, también, donde el “orden” contuviera el caos engendrado por el crecimiento inadecuado de la superada ciudad feudal.

A pesar de este fondo común, quizás ciertos elementos de una “cuenca semántica” más profunda, como la llamara Gilbert Durand (1992), es evidente que las realizaciones difieren mucho entre sí: del ensanche barcelonés al bulevar parisino, pasando por el inicio del modelo de pabellones suburbanos de la ciudad jardín de Howard, hay diferencias insondables. Tal vez, desde esa época y a pesar del sustrato común que los enlaza, pueden distinguirse ya dos orientaciones: el modelo francamente individualista, propio de las sociedades anglosajonas, y el modelo de colectividad restringida, característico de las culturas mediterráneas. De tal suerte que las ciudades evolucionaron de manera distinta hacia bien avanzado el siglo XX.

Puede pensarse que en ello influyó, por una parte, el individualismo protestante, que se marcará, por ejemplo, en los textos de Emerson o de Thoreau sobre la naturaleza y bastante opuestos a la ciudad. Mientras que el mundo mediterráneo, católico en esencia, considera todavía a la comunidad un todo, y no un conjunto de individuos reunidos por contrato, tal y como lo anunciaba Ferdinand Tönnies en su célebre obra *Comunidad y asociación* (Tönnies, 1919).

El avance de la economía y la centralización del crecimiento en torno a la potencia estadounidense, favorecidos además por dos guerras mundiales en las que ese país cumplió el papel del salvador que convenía imitar, impulsaron la reducción del predominio del modelo urbano semiconcentrado, propio de los países mediterráneos, que empezaron su tránsito hacia una suburbanización sin precedentes. Ello también se relaciona con la progresiva imposición de un modelo de consumo indudablemente marcado por el individualismo estadounidense, que propiciaba el uso individual o a lo sumo familiar de los bienes y servicios dentro del espacio privado. Este imaginario social no sólo dio un formidable empujón al consumo doméstico, sino que modificó la forma de concebir la casa, las relaciones sociales con el vecindario y la morfología urbana.

Sin embargo, quiero destacar que el imaginario suburbano encuentra raíces mucho más profundas en imaginarios seculares, como la relación con la naturaleza, asociada, entre otros, al mito del retorno al paraíso perdido (Beauregard, 2006). Es claro que este imaginario naturalista e impregnado del mito del paraíso también está en la fuente del modelo turístico que se impondrá después de la Segunda Guerra Mundial, el cual hará énfasis en la pequeña aldea (el modelo del “Club Méditerranée”), la playa y el sol, elementos que la ciudad parecería haber olvidado (Hiernaux, 2002). En este sentido, el imaginario suburbano merece ser analizado desde perspectivas psicoanalíticas y antropológicas, recurriendo a las mitologías antiguas para encontrar su sentido y su origen en un pasado mítico.

La colonización de las mentes para generar una adhesión masiva a ese imaginario se logró, en parte, por la expansión y el dominio de un modo americano de vida que impregnó progresivamente diversos aspectos de la vida urbana de los países que no lo seguían en un principio, entre ellos, por supuesto los países europeos, y aquellos como México, donde la vida comunitaria y los espacios colectivos seguían vivos, debido a las fuertes raíces rurales y comunitarias de su población, sólo recientemente integrada al crecimiento urbano.

La colonización de las mentes se ha conseguido por medio de las imágenes; por ejemplo, la “asignación a la residencia” de las mujeres dentro de la casa suburbana fue uno de los vectores más significativos para lograrla: en la casa, la mujer define muchas de las formas de apropiación de los espacios. Para ello, las revistas de modas y femeninas jugaron un papel central; asimismo, las compras por catálogo hicieron su parte; además, la radio, la televisión y el cine ofrecían programas donde la división sexual del trabajo era claramente expresada y avalada; donde la dominación de la mujer en un espacio confinado, la casa suburbana, se hacía evidente, y con los cuales se creaba la ingente necesidad de emular ese modelo consumista.<sup>1</sup>

No es oportuno entrar en detalle respecto a las nuevas formas de comercialización de los productos, que han ido desplazando el ambiente colectivo y cuasi rural de los tianguis y tiendas de abarrotes de cada esquina, primero en beneficio de los comercios de autoservicio y luego de las más recientes “bodegas de consumo”, que son los nuevos centros de atracción en los suburbios.

Cabe remarcar que la colonización de las mentes no sólo se llevó a cabo desde la perspectiva de los consumidores, sino también de los agentes activos en la producción social del espacio: en ese sentido, arquitectos, ingenieros, urbanistas y

<sup>1</sup> Pienso, por ejemplo, en el papel de *Hechizada* (*Bewitched*) o en *La casita en la pradera*, entre otros programas que dieron la vuelta al mundo.



promotores fueron integrando ese imaginario suburbano como algo que tenía sentido por sí mismo, sin necesidad de justificarse. Las formaciones profesionales actuales aún reflejan con amplitud el dominio de este imaginario suburbano.

Por otro lado, tampoco puede ignorarse la influencia de un mecanismo de “percolación social”, muy conocido por los sociólogos, los psicólogos y los promotores de diversos productos, mediante el cual las innovaciones sociales se van trasminando de las élites a las clases populares. En la Ciudad de México, colonias como la Roma, la Juárez o Santa María La Ribera testifican la intención de las élites dirigentes de definir nuevos modelos residenciales de tipo suburbano adecuados a su condición social y a su época, dejando cada vez más los centros históricos a las clases más desfavorecidas. La percolación social se efectuó de manera progresiva: el modelo suburbano en la Ciudad de México pasó de ser un proceso marcado por los intereses de una élite dominante, a un imaginario asumido por las clases populares. Esta situación es más entendible si se recuerda que estas últimas provenían del campo y mantenían cierto ideario de vida aislada, en la naturaleza, rodeados de plantas y animales domésticos.<sup>2</sup>

La colonización de las mentes por el imaginario de la Modernidad, trasvasado de un modelo económico a otro, de una clase social a otra, de una ciudad a otra, ha provocado efectos colaterales muy notorios: si bien en Estados Unidos el acceso al automóvil particular para la gran mayoría ocurre desde muy temprano en el siglo XX, aunado al hecho de que la circulación vehicular se ve favorecida por vías amplias, tanto las ciudades mediterráneas como las latinoamericanas y algunas asiáticas como Bangkok enfrentan problemas crecientes de transporte masivo. Ello es particularmente sensible para los grupos populares que se fueron a poblar los suburbios; sin embargo también se constatan dificultades para el traslado de quienes todavía quieren o se ven obligados a acudir a las áreas céntricas para el trabajo o las actividades comerciales y culturales, lo cual atraviesa a todos los grupos y sectores sociales.

El dominio del modelo suburbano es generalizado en casi todo el mundo. Trabajos recientes de investigadores chinos demuestran, por ejemplo, cómo las nuevas clases pudientes de ese país reproducen de manera desfasada culturalmente los patrones urbanísticos y arquitectónicos de la Modernidad capitalista occidental. Frente a ello, y en un entorno reciente de drásticos cambios, no es extraño que emerjan nuevos modelos urbanos asociados a ciertos imaginarios que tuvieron poca audiencia en el pasado, pero que hoy se encuentran en auge, tema que analizaré en el siguiente apartado.

<sup>2</sup> Lo cual todavía se observa en las vecindades del centro de la Ciudad de México y en los barrios populares, donde con frecuencia las casas se adornan con plantas exuberantes y los animales domésticos se codean con aquellos de corral, que sirven para fines alimentarios.

## Los imaginarios urbanos de la resistencia

Llamo *imaginarios urbanos de la resistencia* a aquellos que sustentan prácticas urbanas distintas de las marcadas por la suburbanización, que parecería imposible de frenar. Se trata de unos imaginarios urbanos de la resistencia que convocan a una nueva visión de la ciudad, caracterizada por el rechazo directo a las versiones suburbanas, sustentadas sobre el mito de la casa propia, la residencia como “casa búnker” (Lindón, 2006) y, también desde diversas modalidades de producción del espacio, buscan reconstruir la vida urbana “perdida”.

A este respecto, y antes de entrar en el análisis de las dos modalidades principales de imaginarios urbanos de la resistencia que quiero desarrollar en este ensayo, es menester mencionar que la literatura reciente se ha hecho eco de una fuerte polémica sobre la posible desaparición de la ciudad. Por ejemplo, están aquellos que sostienen que la ciudad como tal no desaparece, sino que su morfología urbana se modifica a la luz de las transformaciones en los procesos tecnológicos de comunicación, controles a distancia y las necesidades del hombre moderno. En este sentido, se argumenta que la ciudad es otra, pero sigue siendo ciudad, aun si la lentitud de los desplazamientos físicos provoca el remplazo de los contactos directos, interpersonales, por encuentros virtuales bajo la forma del chat, los correos electrónicos y otros mecanismos cibernéticos. Éste es el sentido de la obra *E-topia. Vida urbana, Jim, pero no la que nosotros conocemos* de William Mitchell (2001).

Para los defensores de esta visión de una ciudad que se transforma no hay una pérdida de urbanidad, sino la constatación de que ésta –lo que en su tiempo Louis Wirth llamaba “la urbanidad como modo de vida” (Wirth, 1988)– se halla en un proceso de cambio drástico de soportes, sin que por ello se elimine la convivialidad, el encuentro y la distribución. La ciudad denominada posmoderna, puede entonces representarse, de manera un tanto esquemática, como un enorme suburbio, sólo puntuado por nuevas centralidades simbolizadas por aglomeraciones de oficinas, centros comerciales, aeropuertos o funciones lúdicas, como parques de diversiones. Esta perspectiva, apoyada por los análisis de Edward Soja y muchos investigadores más (véase por ejemplo la antología de Scott y Soja, 1996) sobre el caso paradigmático de Los Ángeles, no deja tampoco de ser criticada desde la misma ciudad, donde ciertos autores reconocen formas de urbanidad bastante diferentes del modelo Suburbia.

En otra oportunidad, he argumentado que un análisis ontológico de la ciudad permitiría evidenciar tres características esenciales para que ésta fuera considerada como tal: lo laberíntico, lo fugaz y lo fortuito (Hiernaux, 2006). Para quienes critican ese modelo de ciudad difusa, sustentada en una creciente suburbanización,

resulta claro que las ciudades que siguen –mal o bien– el patrón “Los Ángeles” carecen en su mayor parte de sus ámbitos espaciales y de cualquier posibilidad de perderse tanto física (aunque los diseños suburbanos son en ocasiones perversamente torcidos), como psicológicamente (perder la orientación y el rumbo en el urbano deambular), además de que no permiten el desempeño de lo fugaz o lo fortuito. En esencia, lo que sustenta el hecho de ser “ciudad” no se encuentra ya en esas “manchas urbanas interminables”.

Si bien se acepta que existen espacios de resistencia dentro de las grandes metrópolis suburbanizadas, y que también por medio de sus prácticas individuales los suburbanitas son capaces de recrear condiciones efímeras de ciudad, se asume que las ciudades actuales no poseen estas tres características que hacían la “ciudad” en tiempos pretéritos.

Esta constatación, que puede fundamentarse en el examen de las condiciones de construcción social en la vida cotidiana, proviene sin duda de una reflexión analítica, pero, para las mayorías, sale a la luz a partir de las imágenes y representaciones que se hacen de la ciudad: de forma progresiva, pero continua, se ha podido comprobar que los individuos no sólo expresan un creciente rechazo por los “daños colaterales” provocados por la suburbanización, como el tránsito o los efectos ambientales en el nivel colectivo, y la reducción de su tiempo libre en lo personal, sino que reconstruyen poco a poco, imagen por imagen, una visión diferente de lo que pudiera o debería ser una ciudad.

No cabe duda de que la publicidad y los medios masivos de comunicación juegan un papel decisivo en la formación de estos distintos imaginarios. Con frecuencia, las revistas de negocios enfatizan las enumeraciones de “las ciudades donde se viven bien”, clasificándolas en función de factores como la cercanía de los equipamientos, la vida cultural, los tiempos de transporte, la presencia de sitios naturales cercanos, la sustentabilidad ecológica de la ciudad, etcétera. Asimismo, frente a la cada vez mayor incapacidad para usar las infraestructuras colectivas y los equipamientos culturales por los tiempos y las dificultades de transporte, se suelen enfatizar otros estilos de vida, en particular aquellos que remiten a la posibilidad de volver a vivir en los centros de las ciudades.

## La gentrificación

La *gentrificación*, ese proceso por el cual las élites recobran el control de los centros degradados y de zonas que antes eran el lugar de residencia de las clases populares, es un fenómeno relativamente reciente, pero que coincide con el surgimiento de un imaginario diferente de ciudad, como ya sugerí.

Son varios los elementos que han contribuido a hacer realidad este proceso, el cual hace treinta años nadie pensaba que fuera realmente posible a gran escala. El primero es la individualización de la vida cotidiana: no entraré en detalle con relación a la patente transición demográfica que viven muchas ciudades y que se distingue por menos nacimientos, el envejecimiento de la población y la multiplicación de las unidades domésticas unipersonales. Esto está asociado a la transformación de la familia, que analizan varios sociólogos, entre ellos Jean-Claude Kauffman (2001), Michel Maffesoli (2004) y Zygmunt Bauman (2007). Cabe mencionar, aunque tampoco lo justificaré, el crecimiento de una clase media de nivel mundial, que adopta estilos de vida radicalmente distintos de las clases medias tradicionales (véanse, entre otros, Sassen, 2007; Hiernaux y Lindón, 2004). Y, como señala Alain Bourdin (2007), la aparición de un nuevo consumismo (ya examinado de forma casi profética por Jean Baudrillard en 1970) que determina los estilos de vida.

En este contexto, las zonas céntricas, aún caracterizadas por sus tradiciones de vida urbana densa –aunque con frecuencia conflictivas–, así como los barrios populares donde todavía se reproduce la vida común de corte tradicional, son imágenes extremadamente potentes y atractivas. Esos barrios simbolizan las “imágenes estratégicas” o “colonizadoras”, para definir las nuevas representaciones de lo que debería ser “una ciudad real”.

Soportado en buena medida por los medios masivos de comunicación, pero también por aquella clase media sumamente móvil que conoce de manera directa diversas experiencias urbanas por su gran capacidad para viajar (sea de vacaciones o por motivos profesionales),<sup>3</sup> el imaginario del “regreso al centro” empezó a imponerse durante las dos últimas décadas, hasta devenir un hecho reconocido como necesario en el plano internacional. Lo anterior va apoyado por iniciativas internacionales de protección del patrimonio cultural –por lo general ubicado en los centros históricos, aunque también usualmente degradado– y vehiculado por los flujos de información y de imágenes que pueden circular en todas las direcciones, gracias a las tecnologías de información y comunicación actuales.

Ante todo, estas nuevas experiencias urbanas en los centros tradicionales son reservadas a esos sectores sociales de movilidad mundial, y a aquellos grupos nacionales que adoptan ese estilo de vida y una cierta identidad social que le es complementaria (Zukin, 1995; Sassen, 2007). Cabe señalar, como lo hace Bourdin,

<sup>3</sup> En la Ciudad de México, la mayor parte de los “turistas” es de negocios, pero también aprenden a conocer el Centro Histórico de la ciudad. Si se sabe que la mayoría es estadounidense no cabe duda de que se lleva una impresión distinta de lo que puede ser una ciudad respecto a lo que conoce en su entorno de residencia habitual.

que la ciudad actual es una panoplia de ofertas diversas y además, en ocasiones, antagónicas. De tal suerte que la decisión de regresar al centro puede ser asumida por el individuo a partir de ciertos razonamientos básicos, pero de los cuales la subjetividad no se encuentra eliminada.

Así, regresar al centro puede corresponder también a la búsqueda de un estatus social innovador, para diferenciarse de la residencia tradicional en la casa suburbana o en los departamentos de clase media, y no ser sólo una decisión de “elección racional” en cuanto a la distancia residencia-trabajo o residencia-actividades de ocio. Entonces las preferencias se encuentran asociadas con otras cuestiones, además de las de carácter económico y racionalmente evaluables. Esos factores están vinculados con lo que puede llamarse un imaginario urbano de la resistencia, en este caso, de regreso al centro.

¿Qué compone este imaginario? En buena medida, es un imaginario basado en el convencimiento de que los centros ofrecen muchos atributos que se han perdido en el modelo suburbano, la posibilidad de hacer desplazamientos cortos y a pie –el regreso a la figura del peatón– y, en ciertos territorios, también en bicicleta. El centro es un espacio donde sigue concentrada la vida cultural, por lo cual se puede habitar en un entorno patrimonial que exhala cultura y tradición, y donde la posibilidad de socializar con otros individuos es maximizada por la densidad urbana y los contactos frecuentes, aunque no deriva en las relaciones obligadas de las pequeñas ciudades y los pueblos, antesala de la ciudad moderna, y poco apreciadas, salvo por unas minorías.<sup>4</sup>

## *La ciudad de cristal*

Si bien el imaginario del regreso al centro parecería el más potente en este momento, por lo menos en el caso mexicano y también en numerosas ciudades del mundo, se observa una tendencia diferente: asumir que el modelo del “urbanismo moderno”, patrocinado por figuras como Le Corbusier, no era tan malo como para reservarlo a los sectores sociales populares, como sucedió durante la época fordista.

Pensados desde las necesidades de los sectores sociales de mayores recursos económicos, y concebidos para una vida extremadamente confortable, aunque

<sup>4</sup> Por ejemplo, es evidente que la población británica siente una gran atracción hacia los pequeños pueblos franceses y españoles, adonde migran por largas temporadas o hasta para terminar sus días. Lo mismo sucede con las comunidades estadounidenses y canadienses en Chapala, Jalisco y otras similares a lo largo del territorio mexicano.

en edificios altos, los nuevos proyectos urbanos residenciales en altura representan otra modalidad de inscripción en el espacio urbano, que obedece –forzosamente– a un imaginario distinto.

A reserva de una indagación más profunda, pueden observarse ciertos elementos centrales que han impulsado a los sectores sociales medios y altos a aceptar la posibilidad de vivir en las “alturas”.

Primero, una clara búsqueda de seguridad: la casa suburbana es en esencia un espacio de repliegue que soporta medidas defensivas (cercas, policías, tecnologías de vigilancia, etcétera) pero que no se adecua a los estilos de vida de individuos móviles en extremo. Abandonar la casa por un viaje de negocios o una estancia de placer implica riesgos de robos y, aun ocupándola, de asaltos. Una torre protegida por unas cuantas personas, con sistemas de seguridad, ofrece una gran tranquilidad a sus ocupantes. Ésta parecería ser también la justificación de la densificación de ciudades como São Paulo, que tiene la delantera frente a México en ese campo.

Además la vida “en altura” remite a modelos tradicionales ya asumidos por los grupos de altos ingresos, como el caso de Polanco en la Ciudad de México. Es decir, ciertos grupos sociales en México han aceptado la densidad cuando está acompañada de la proximidad de los servicios y los comercios, y de un ambiente que se considera agradable. En el contexto de las nuevas torres, el entorno es muy distinto: con frecuencia es “árido”, ya que colindan con vías rápidas, y no cuentan con servicios de proximidad. Pero ello debe ser entendido en otro contexto. El estilo de la vida actual se sustenta más en compras masivas en tiendas de autoservicio que se realizan en promedio una vez a la semana (o ahora son más frecuentes las compras por Internet o por teléfono y las mismas tiendas se encargan de la entrega a domicilio). Asimismo, la cercanía privilegiada es la de los equipamientos de recreación y, en ese sentido, los promotores han valorizado sus propuestas mediante la oferta de saunas, gimnasios, albercas cubiertas, canchas de tenis y otras amenidades para pasar el tiempo libre. Esto se completa con la panoplia de servicios electrónicos asociados con la cada vez mayor calidad visual y auditiva de los productos disponibles (tanto *hardware* como *software*).

Por último, la vida en altura está acompañada –paradójicamente– por una nueva relación con la naturaleza: si bien en la casa suburbana ésa tenía que ser inmediata en el pequeño jardín enfrente y atrás de la casa, en las torres privan las paredes de cristal que ofrecen una relación más distante con el paisaje, ya que mientras los espacios exteriores son acondicionados con esmero y conceptualizados por diseñadores profesionales, el paisaje abierto remplaza el ideario del jardín propio y se convierte en una representación de la naturaleza susceptible de ser

aceptada por los residentes. Es entonces que se habla de la *ciudad de cristal* para calificar este nuevo modelo urbano y el imaginario que lo sustenta.

Otro rasgo esencial es el anonimato, apreciado en particular por quienes, en el entorno de la disolución de las relaciones afectivas tradicionales, como apuntó Bauman (2005), prefieren la socialización –afectiva, amorosa o simplemente sexual– bajo los modelos que este autor integra a las formas del “amor líquido”. En este sentido, se nota a qué grado son diferentes entre sí el imaginario de regreso al centro de la ciudad y el de la ciudad de cristal.

### *La resistencia desde la pobreza*

La última forma de resistencia que repasaré es la de los grupos de bajos ingresos que se encuentran todavía inmersos en los centros urbanos históricos y en aquellas colonias tradicionales que fueron absorbidas progresivamente por el crecimiento urbano, por ejemplo el caso, para la Ciudad de México, de barrios como Mixcoac, San Ángel o Coyoacán.

La resistencia al modelo de suburbanización intensiva debe ser entendida como una cierta forma de reivindicación del “derecho a la ciudad”, tal y como lo propugnaba Henri Lefebvre (1968). Estos grupos sociales han tenido una inserción en barrios antes marginales, en torno a pueblos tradicionales que fueron absorbidos por la ciudad. En estos barrios, desarrollaron situaciones de recreación de comunidades, no de tipo rural sino claramente urbano, donde prevalecen condiciones de solidaridad e intercambio que prácticamente han desaparecido en otros contextos (Portal, 2007). La expansión urbana ha sido una oportunidad por la cual estos grupos se encuentran en localizaciones privilegiadas a las cuales no hubieran podido acceder en otras situaciones. Su resistencia es la de aquellos que se beneficiaron de estas condiciones, que les permiten seguir manteniendo una vida urbana colectiva relevante, en un contexto de accesibilidad a buenos servicios y equipamientos que no podrían disfrutar al desplazarse a la periferia. De esta forma, encaran una verdadera lucha por el espacio social, por un derecho a pertenecer a cierto modelo de ciudad y perpetuar un modo de vida particular.

Cabe señalar que, en no pocos casos, estos estilos de vida y emplazamientos urbanos pueden ser deseados por quienes buscan el reencuentro de una vida urbana tradicional, rayando en la utopía, y que logran en ocasiones investir estos espacios, sea para integrarse “fusionalmente” con los modos de vida que ofrecen, sea para participar, de manera involuntaria, en su destrucción, sea “gentrificando” esos espacios de resistencia.

## Limitaciones y conflictos de los imaginarios de resistencia

Un punto central que deseo desarrollar gira en torno a la factibilidad de que se dé una verdadera lucha entre estos imaginarios de la resistencia y el modelo dominante, colonizador e invasivo, de todas las ciudades del mundo.

De cierta manera, puede afirmarse que quizás el mayor avance urbano de los últimos 20 años ha sido la aceptación de la pluralidad de formas urbanas. Mientras que la fase del crecimiento fordista se mostraba unívoca, la situación actual es notoriamente diferente, y quienes producen la ciudad se han convencido también de que no pueden existir un proyecto ni un producto únicos susceptibles de ser impuestos a todos los habitantes de una urbe ni a todos los grupos sociales, étnicos, etarios, etcétera, fusionados.

Puede hablarse, entonces, de dos niveles de conflicto entre imaginarios urbanos: el primero corresponde a la esfera de la representación de la ciudad que tienen sus habitantes y, el segundo, a los imaginarios urbanos que sustentan las formas de producción de la ciudad.

En cuanto a las representaciones de los habitantes, puede asumirse que los imaginarios de la resistencia han generado modelos de ciudad, tanto en lo morfológico como en los estilos de vida, que han trazado su camino y se han impuesto entre determinados segmentos de los urbanitas. Ello no quiere decir que han devenido dominantes y, por ende, colonizadores. Se aplican en especial a grupos de ingresos medios y altos, con cierto capital cultural. Pero, al mismo tiempo, es importante reconocer que éstos son los grupos que contribuyen activamente al proceso colectivo de la formación de opinión, como ya lo comenté. En este sentido, es factible que en un futuro podamos encontrarnos con un fuerte movimiento de resistencia al imaginario suburbano, que haya penetrado en grupos de menores ingresos, lo que desembocaría en la transformación de los modelos dominantes en el ámbito urbano.

En lo que se refiere a la producción del espacio urbano, aun en casos como el de la Ciudad de México, se verifica por completo lo que plantea Bourdin (2007): la metrópoli se torna una enorme oferta variada, donde pueden coexistir diversas modalidades de apropiación del espacio y de estilos de vida. Por lo tanto, la resistencia se puede ir transformando en una completa alteridad de los modelos de vida en la ciudad y una pluralidad de espacios que corresponde muy bien al espíritu de la Posmodernidad aplicado a la ciudad.

Por ello quiero manifestar que se han acabado los grandes discursos sobre la ciudad, por lo menos aquellos que dominaron el escenario durante las décadas



fordistas, para ser remplazados por una compleja confrontación de idearios sobre la ciudad que van, por ejemplo, de la ciudad “competitiva” al nuevo urbanismo americano que quiere regresar a una vida de pequeña comunidad, además de los idearios que desembocan en los imaginarios que desarrollo en este trabajo.

## De los imaginarios a las prácticas urbanas

Por último, trataré el tema de las prácticas urbanas, las cuales, dentro de la lógica de mi interpretación de los imaginarios urbanos, constituyen el resultado directo de los imaginarios y manifiestan su esencia, sus núcleos fuertes. Es justamente a partir del estudio de las prácticas que podrán reconstruirse los imaginarios urbanos vigentes.

Las prácticas urbanas actuales son complejas y están marcadas por un atado de factores y elementos que responden a diversas dimensiones de la vida metropolitana, tanto en lo material como en lo subjetivo, por lo que resulta difícil establecer lo que las conduce y orienta. De hecho se ha empezado a reconocer que muchas de las prácticas no responden a un comportamiento racional o calculístico, sino que son orientadas por aspectos subjetivos, e incluso por el azar. Lo cual no es raro si se asume que lo fortuito, lo laberíntico y lo fugaz representan la esencia de la ciudad y, por ende, pueden tener implicaciones sobre los comportamientos, no sólo para imponer una reacción/práctica del urbanita, sino para inducirlo a despojarse del comportamiento racional y “seguir la corriente” de la vida metropolitana. En su paroxismo, se observa este tipo de comportamiento en los carnavales, por ejemplo. Aun así, en la vida cotidiana, vale reconocer la presencia de elementos fortuitos y de comportamientos no racionales en las prácticas urbanas, lo que, con toda seguridad, es parte de la pequeña rebelión o subversión en contra de la rigidez repetitiva de la cotidianidad.

Las prácticas urbanas pueden ser conducidas entonces por esos elementos que provienen, entre otros, de los imaginarios urbanos asumidos de antemano por el habitante de la metrópoli, pero también la práctica del espacio urbano puede llevar a la activación de nuevas construcciones imaginarias espontáneas. Así, el transeúnte urbano, además de atravesar el espacio, se nutre imaginalmente de él, alimentando su reservorio de imágenes con otras nuevas que, en su turno, modifican sus comportamientos y prácticas urbanas (Hiernaux, 2007). En cierta forma, para explicar este proceso, es factible recurrir a la metáfora del aprendizaje propio de la inteligencia artificial, cuando la práctica de una situación retroalimenta el saber acumulado previamente y reorienta las prácticas posteriores.

Sin duda, la mente humana lo logra de modo superlativo y con menos “reglas duras” implícitas que los programas de inteligencia artificial.

Por ello, el imaginario urbano se encuentra siempre en reconstrucción; cada nueva experiencia urbana obliga al habitante metropolitano a revisar –inconscientemente– el estado de sus imaginarios, que modela, reconstruye, afina y ajusta a la práctica en curso. Desde una perspectiva metodológica, esta situación implica que el investigador que pretende reconstruir los imaginarios urbanos preste permanente atención a los cambios posibles. En efecto, los imaginarios ni son estables ni responden a imágenes fijas, por lo cual es fundamental reconstruirlos a partir de los relatos y la observación de las prácticas inmediatas de las personas, asociándolos de forma reiterada con lo que ya se sabe de los imaginarios previamente establecidos.

Es también en ese sentido que habrá que volverse a interrogar sobre la evolución de los imaginarios desde las prácticas de quienes los pusieron en primer plano para tomar decisiones sobre su vida urbana. Las cuestiones que surgen son, por ejemplo: ¿De qué manera la degradación de la seguridad ha podido influir sobre el retroceso del imaginario suburbano en favor de estilos de vida derivados de los imaginarios recientes de la ciudad de cristal? Para quienes asumieron el regreso a la ciudad y a sus centros históricos ¿hasta dónde les resulta evidente que la vida urbana que adoptaron es más una “afectación” y ha sido construida *ad hoc* y no un regreso a una vida urbana tradicional más “auténtica”, de la cual dista radicalmente? Esto debe analizarse a la luz de las prácticas actuales, y será necesario examinar asimismo el papel de la promoción inmobiliaria y de las políticas públicas en el retroceso o avance de ciertos imaginarios urbanos.

El camino teórico-metodológico para analizar los imaginarios urbanos, sean colonizadores o de resistencia, es particularmente arduo aunque, en esencia, rico en enseñanzas. El recorrido por las páginas anteriores me ha llevado a reconocer la importancia de la subjetividad, de los imaginarios y de su diversidad.

La presencia de imaginarios urbanos de la resistencia, en cualquiera de sus modalidades, indica que la construcción de lo urbano desde la subjetividad es algo que no obedece a patrones definidos ni fijos, y que es susceptible de modificarse en toda ocasión y de declinarse en formas extremas o por lo menos extremadamente diversas entre sí.

No es sorprendente haber observado que, para los sin techo, la movilidad potencial en cualquier momento y circunstancia, así como el desprendimiento de los modelos consumistas ligados a la residencia fijada, pueden ser vistos como un valor y no como una tara. Si bien el estado de miseria moral y física asociado a esa condición de vagancia es un claro problema, no es menos cierto que el

desprendimiento de la residencia es también, hasta cierto grado, un modelo real, aunque excesivamente marginal, de vivir la ciudad que reencontramos, con sus matices obvios, entre las poblaciones nómadas tradicionales como los gitanos o algunos grupos indígenas, o entre los neomóviles como los “viajeros del new age” ingleses (Hetherington, 1998).

Para quienes están preocupados por la evolución actual de las ciudades y quieren entender qué posibles derroteros seguirá la ciudad (en el sentido genérico) o las ciudades particulares en las décadas venideras, no cabe duda de que una aproximación mediante los imaginarios urbanos colonizadores, pero también de la resistencia, no sólo es útil sino que resulta definitivamente imprescindible.

## Bibliografía

- Baeza, Manuel Antonio  
 2003 *Imaginarios sociales: apuntes para la discusión teórica y metodológica*, Universidad de Concepción, Concepción, Chile.
- Baudrillard, Jean  
 1970 *La société de consommation, ses mythes, ses structures*, Denoel, Folio Essais, París.
- Bauman, Zygmunt  
 2003 *La modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica (FCE), México.  
 2005 *El amor líquido, acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, FCE, México.  
 2007 *Vida de consumo*, FCE, México.
- Beauregard, Robert A.  
 2006 *When America Became Suburban*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Benjamin, Walter  
 1996 “Naples” (escrito con Asja Lasis), en Marcus Bullock y Michael W. Jennings (eds.), *Walter Benjamin Selected Writings, Vol. 1, 1913-1926*, Belknap-Harvard University, Harvard, pp. 414-425 [1925].
- Berman, Marshall  
 1988 *Todo lo sólido se desvanece en el aire, la experiencia de la Modernidad*, Siglo XXI Editores, México.
- Bourdin, Alain  
 2007 *La metrópoli de los individuos*, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla.
- Bowie, Karen (coord.)  
 2001 *La modernité avant Haussman: Formes de l'espace à Paris 1801-1853*, Editions Recherches, París.

Donoso Salinas, Roberto

- 1993 *Antecedentes de la sociología urbana*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco (UAM-X), México.

Durand, Gilbert

- 1992 *Les structures anthropologiques de l'imaginaire*, Dunod, París.

Fishman, Robert

- 1987 *Bourgeois utopias: the Rise and Fall of Suburbia*, Basic Books, Nueva York.

Gasca, Jorge

- 2007 *Pensar la ciudad: entre ontología y hombre*, Instituto Politécnico Nacional, México.

Harvey, David

- 2003 *Paris, Capital of Modernity*, Routledge, Londres.

Heidegger, Martín

- 1963 “¿Porqué permanecemos en la provincia?” [http://personales.ciudad.com.ar/M\\_Heidegger](http://personales.ciudad.com.ar/M_Heidegger) (consultado marzo 2008).

- 1994a “Construir, habitar, pensar”, [http://personales.ciudad.com.ar/M\\_Heidegger](http://personales.ciudad.com.ar/M_Heidegger) (consultado marzo 2008).

- 1994b “...Poéticamente habita el hombre...” [http://personales.ciudad.com.ar/M\\_Heidegger](http://personales.ciudad.com.ar/M_Heidegger) (consultado marzo 2008).

Hetherington, Kevin

- 1998 “Vanloads of Uproarious Humanity: New Age Travellers and the Utopics of the Countryside”, en Tracey Skelton y Gill Valentine (eds.), *Cool Place (Geographies of Youth Cultures)*, Routledge, Londres, pp. 328-342.

Hiernaux, Daniel

- 1995 *Nueva periferia, vieja metrópoli: el Valle de Chalco, Ciudad de México*, UAM-X, México.

- 2002 “Turismo e imaginarios”, en Allen Cordero, Daniel Hiernaux y Luisa Van Duynen, *Cuadernos de Ciencias Sociales*, núm. 123, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), San José, Costa Rica, pp. 7-36.

- 2006 “Repensar la ciudad: la dimensión ontológica de lo urbano”, en *Liminar, Estudios Sociales y Humanísticos*, año 4, vol. IV, núm. 2, diciembre, pp. 7-17.

- 2007 “Los imaginarios urbanos: de la teoría a los aterrizajes en los estudios urbanos”, en *Eure, Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales*, vol. XXXIII, núm. 99, agosto, pp. 17-30.

Hiernaux, Daniel y Alicia Lindón

- 2004 “Desterritorialización y reterritorialización en las metrópolis”, en *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, núm. 44, Universidad Autónoma de Barcelona/Universidad de Girona, Barcelona, pp. 71-88.

- 2007 “Imaginaris urbanos desde América Latina: tradiciones y nuevas perspectivas”, en *Imaginaris urbanos en América Latina: urbanismos ciudadanos/Urban Imaginaries in Latin America: Urbanisms of the People*, Fundacio Antoni Tapies, Barcelona, pp. 157-168.
- 2008 “El trabajo de campo experiencial y el replanteamiento de la periferia metropolitana: una reinterpretación socioespacial de la economía popular periférica”, en *Revista Internacional de Sociología*, vol. LXVI, núm. 50, mayo-agosto, pp. 215-236.
- Hiernaux, Daniel, Alicia Lindón y Jaime Noyola (coords.)  
 2000 *La construcción social de un territorio emergente: el Valle de Chalco*, El Colegio Mexiquense, México.
- Kauffman, Jean-Claude  
 2001 *Ego: pour une sociologie de l'individu*, Nathan, París.
- Lefebvre, Henri  
 1968 *Le droit à la ville*, Anthropos, París.
- Lindón, Alicia  
 2006 “La casa búnker y la deconstrucción de la ciudad”, en *Liminar, Estudios Sociales y Humanísticos*, año 4, vol. IV, núm. 2, diciembre, pp. 18-36.
- Lussault, Michel  
 2007 *L'home spatial, la construction sociale de l'espace humain*, Seuil, La couleur des idées, París.
- Maffesoli, Michel  
 2004 *Le rythme de la vie: variations sur les sensibilités postmodernes*, La Table Ronde, París.
- Mitchell, William J.  
 2001 *E-Topia (vida urbana, Jim: pero no la que nosotros conocemos)*, Gustavo Gili, Barcelona [1999].
- Monclus, Francisco Javier  
 1998 *La ciudad dispersa*, Centre de Cultura Contemporània de Barcelona, Barcelona.
- Nicolaidis, Becky M. y Andrew Wiese (eds.)  
 2006 *The Suburb Reader*, Routledge, Nueva York.
- Padovan, Dario  
 1999 “Social Morals and Ethics of Nature: from Peter Kropotkin to Murray Bookchin”, en *Democracy and Nature*, vol. 5, núm. 3, pp. 485-500.
- Portal, María Ana  
 2007 *Espacios públicos y prácticas metropolitanas*, UAM, México.
- Sassen, Saskia  
 2007 *Una sociología de la globalización*, Katz, Buenos Aires.

Scott, Allen y Edward Soja (eds.)

1996 *The City: Los Angeles and Urban Theory at the End of the Twentieth Century*, University of California Press, Los Ángeles.

Tönnies, Ferdinand

1919 *Comunidad y asociación*, Losada, Buenos Aires.

Wirth, Louis

1988 “El urbanismo como modo de vida”, en Mario Bassols *et al.* (comps.), *Antología de sociología urbana*, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México.

Zukin, Sharon

1995 *The Cultures of Cities*, Blackwell, Oxford.